

HOMENAJES

ROLANDO CÁRDENAS: PERSONAJE NUESTRO DE CADA DÍA

Juan Guzmán Paredes

Baudelaire mediante, todo cerebro bien conformado contiene entre sus circunvoluciones el cielo y el infierno. En otras palabras, un hombre correctamente articulado será contradictorio, paradójal, antitético. A contrapelo consigo mismo, vivirá afirmándose y negándose constantemente. No es tarea fácil soportar esa tensión, y creo que Rolando Cárdenas lo conseguía disolviéndola en su particular ironía personal. Así era posible que el más esplendente optimismo y el pesimismo extremo anidaran en su espíritu: Marx y Schopenhauer. Siempre me intrigó su preferencia por un cóctel tan extraño. ¿Cómo se las arreglaba para conjugar dos verbos tan dispares? ¿Por qué?

Obviamente, no pudo ser ajeno al iluso de Tréveris o «barbón de marras» como lo llamaban en la Academia de Dawson, para no alarmar a la guardia. Cárdenas fue un hombre de su tiempo y, como todos nosotros, cual más cual menos, creyó en la Utopía. Más que eso fue militante. (Hoy se puede decir sin que suene a delación, y no deja de ser un avance en la vida nacional). Y cuando lo llevaron al Estadio Chile, el primer día de nuestra «saison en enfer», tenía como los viejos tercios el carné del «glorioso» en el bolsillo superior de la chaqueta. Afortunadamente no lo registraron antes de ponerlo en libertad. Del dicho carné nunca se desprendió, dicen algunos amigos. No hay constancia ni importa mucho la anécdota, salvo para ilustrar su inalterable estirpe doctrinaria. Porque pese al naufragio teórico, a la caída del Muro, al colapso de los llamados socialismos reales -¿cuáles serán los irreales?- creo que habría seguido inmutable en su posición. Como esos viejos chilotes aferrados a sus lanchas veleras; para qué cambiar si el viento es gratis y no hay apuro, decía uno en Castro.

Ahora, en cuanto al gran misántropo, lo atraía qué tras esos aciagos discursos.

Sería porque si Dios existe está ciego; o porque el lema de la historia debería ser: lo mismo pero de otro modo; o comprendió con el maestro que las cosas sólo duran un momento y se precipitan hacia la muerte, que juega con nosotros como el gato maula; o la idea de que el

refugio final para el hombre es el suicidio; o porque el entusiasmo del artista permite olvidar las zozobras de la vida y compensan el sufrimiento y la soledad, pues el placer supremo está en la creación.

Algo de esto hubo en su interés por el inmenso amargado. Así lo creo por conversaciones y actitudes suyas. Puede ser. Pero, por mucha admiración que tuviese por el filósofo nunca compartiría su idea de que las mujeres no son ni siquiera un mal necesario y que mientras menos las tratemos es mejor. No, eso no, «jamais de la puta vie» como decía la sin par Nana Oyarzo, su compañera, mujer y dulce enemiga durante varios lustros. Para Rolando, mezcla chilena de Tenorio y Otelo, las mujeres fueron obligatorias, estímulo y provocación de su vitalidad y alegría de vivir, eran para él descuido muy cuidado / descanso muy cansado.

Cárdenas, viejo colocolino, tenía pinta de jinete pero comía como obispo. En sus buenos tiempos era asombroso verlo frente a una parillada. Bohemio impenitente, bebía como un húsar y tenía fama de curado. Es posible, y además qué importa si hasta el invierno es beodo según Rubén Darío. Mas a pesar de esos laureles y de las dificultades del momento logró titularse de Constructor Civil, desmintiendo categóricamente el aura de buenos para nada otorgado gratuitamente a los contertulios de la Unión Chica. La publicación de *Nueva York 11* dictó la definitiva pena de muerte para ese falso concepto.

Antes que nada poeta. Un gran poeta en cuya persona confluían en infrecuente unidad una serie de cualidades. Ciertamente tuvo defectos pero que otros se preocupen de ellos, ahora se trata de un homenaje. En esta breve evocación quisiera destacar su invariable sentido de la amistad, su musicalidad: voz y guitarra, su simpatía, jovialidad y buen humor en general, con mención en chistes de salón. Entre otros, se le responsabiliza del siguiente:

-¡Aló, ¿está el doctor Güevara?

-¡No, no está. Y, además, sepa que se dice Guevara. ¡La u no se pronuncia, señor!

-¡Ah... Benó, hasta lego.

En un vaso sólo cabe una nariz, contraartefacteaba en chungu para combatir excesos en la materia. Cuando salgo a beber dejo la inteligencia en la casa, era su *vade retro* para pedantes y lateros. ¿Para qué quieren enseñarme a leer el Pato Donald cuando ya dejé de leerlo?

Se preguntaba a veces con sorna y atenuada furibundia.

Suele decirse que el temperamento melancólico es propio de quienes se distinguen en poesía o arte. Pienso que en Rolando había más que simple melancolía, algo misterioso, hierático, reservado e impenetrable. Como si fuera guardador del secreto que dio fuerza y orgullo a pueblos australes de los que apenas quedan rastros y cuyas voces resuenan de algún modo en su poesía. Las voces de sus antepasados. Seguramente por eso amaba *Los nómades del mar*, lectura que agradecemos a sus entusiastas recomendaciones. En muchas oportunidades hablamos del maravilloso libro de Joseph Emperaire.

Su fin fue duro. No escapó al sino trágico y mísero de muchos escritores y poetas nacionales. Pero hemos querido recordarlo en los aspectos más cordiales y expresivos de su persona, que tuvimos la fortuna de conocer y apreciar a través de tantos años. La vasta, vaga y necesaria muerte no lo aguardó en remotas playas de oro, como en el poema de Borges, sino en el desolado departamento de la calle Teatinos. Verdaderamente triste, solitario y final, aunque sea manida la fórmula. Deja, sin embargo, el indesmentible encanto de sus espacios poéticos donde la tierra viaja circundada por el mar, plena de rumores misteriosos, de sombras y silencios, de vino pan y amistad, de leyendas y navegantes, de pájaros y geografías caprichosas, de soledades, fantasmas y naufragios, de arboladuras y arcabuces olvidados, de frágiles nómades que se extinguen confundidos con la bruma o petrificándose en el agua, de precursores que en sus propias islas conversan sobre las cosechas, de mágicos frutos invocados para encontrar todos los rostros en el definitivo regreso a la ciudad perdida.

El tiempo, crítico silencioso e inequívoco, confirmará la validez de esta herencia.

A quienes fuimos sus amigos nos queda, además, el recuerdo de sus afanes y sus días. Su imagen querida, indispensable, familiar, y el deseo de oírlo cantar una vez más «Nido gaucho» o «Un hombre de la calle», por ejemplo.

Alguien sostuvo que un hombre nada deja a otro; era un idiota. Salud y gracias, Chico.

Santiago, septiembre de 1994

ROLANDO CÁRDENAS Y SUS DUENDES VERDES

Jorge Aravena Llanca

Al margen de su bondad con los amigos y de sus cualidades poéticas, Rolando Cárdenas gozaba de gran prestigio por su ingenio y buen humor que desarrollaba cuando sus duendes verdes, no lo acuciaban, cuando estaba en los primeros instantes en que «el vino corría ligero como un alguacil». Inventaba axiomas. Algunos de ellos alcanzaron resonancia, como aquel: «hagamos de nuestro bar, nuestro segundo hogar». Después se le adjudicaron otros dichos populares en los que intervino como agente modificador aunque él los decía en pose de anónima modestia. Sobre el vino: «vino de frasco, bueno por la mañana y a la tarde un asco»; «clases de vino hay sólo dos: el bueno y el mejor; poetas buenos hay solo uno: el que bebe como uno». «De los vinos, el viejo; de los amores, el nuevo; de los poetas, los muertos». Tenía otros dichos sobre el amor, las mujeres y sobre los enanos de la SECH que eran muchos. Pero se molestaba cuando Jorge Teillier, Juan Guzmán e Iván Teillier, se llenaban los bolsillos con aserrín e iban tirándolo al redondel del Refugio López Velarde, a medida que los poetas «abreviados», muchos de los cuales, nadie sabe por qué poder de asociación, iban llegando con chaquetas o pantalones de vivos colores y a grandes cuadros.

Las mujeres de Rolando, pienso que fueron sólo tres. Conocí a Sonia, la primera y la más pura. Cenamos juntos una vez en la casa de su madre y guitarra en mano le dedicamos las canciones que entonábamos. Era Sonia, una pequeña porcelana, delicada y fina, silenciosa y siempre expectante a cualquier requerimiento del poeta. Sé que muchas de sus referencias amorosas en sus poemas están inspiradas en ella. Y el último amor, su inmensa e inseparable compañera hasta los últimos días, Eliana, con quien compartió todas sus amistades en la SECH, la intimidad de la casa de los amigos y las escenas de celos cuando sus duendes verdes, lo convertían en un Otelo, histriónico, severo e implacable. De este amor, Poli Délano estaba conmovido: «es sólo comparable, decía, al amor de Dante y Beatriz». El tercer amor, eran unas caminatas y subidas en ascensor de un edificio de la calle Phillips, compartido con un folklorista, también del sur, que ahora está, junto a los grandes per-

sonajes de la historia francesa, enterrado en el cementerio de Montparnase. Por esta calle divagaba con sus duendes verdes, uno de ellos era su consejero amoroso y le tenía recomendado como una terapia, la asistencia a esas citas donde era recibido con infinita y platónica ternura.

Con mucha tristeza recibí la última carta de Rolando, que aseguro fue la última que escribió en su vida, donde me cuenta del fallecimiento de Eliana y del estado de postración, soledad y tristeza en que él quedaba, no solamente por su desaparición, sino por su indefensión económica y el ningún porvenir de su salud: «Me ha conmovido, una vez más, el tango que nos compusiste a Eliana y a mí. Cántalo y recuérdame así, querido Jorge, como me describes y me conociste». Respondí su carta de inmediato, accediendo a sus solicitudes, pero la misma me llegó de vuelta a Berlín, con un timbre donde en inglés, alemán y francés, estaba escrito: retorno por defunción.

Solamente Mario Carvajal y Juan Guzmán se preocuparon de informarme posteriormente. Luego leí detalles sobre su muerte en *La Hoja Verde*. Raúl Mellado escribía con mucha amargura que tal acontecimiento despertaba a los soñadores y que la realidad de un poeta chileno mostraba una vez más su siniestra cara: soledad, hambre y abandono social.

Yo le debo a Rolando muchas cosas que nunca pude pagárselas. Una de ellas es que me enseñó a tocar y cantar en guitarra «Lamento Borincano», «Casas Viejas» y unos versos de José Martí para la «Guantanamo». Otra que cuando llegué de Buenos Aires a Santiago por primera vez, él y Jorge Teillier, se me brindaron con toda el alma y me incitaron a mirar con buenos ojos el «ser chileno», e incorporarlo recordando de esta manera la identidad nacional que siempre llevé en mí, oculta y desgarrada por el olvido y la distancia. Ahora esa nacionalidad, querido Rolando, se ha disipado otra vez, y sólo los amigos y la memoria de ellos me hacen un alguien cercano al sur, porque la nacionalidad en definitiva es sólo una vocación y el amor a los seres queridos y a sus obras es la única verdad que se puede defender y de la que podemos estar orgullosos.

Aún estamos muy cerca de Rolando y nos falta serenidad para razonar con objetividad sobre su persona, poesía y amistad. Lo que le aconteció es un hecho común en un país donde los arrogantes que

mandan no tienen interés por la cultura. Ellos son muy conscientes de esto; es un programa de acción para cercenar la independencia creativa y así poder manejar como a títeres a las personas. El país de esta gente no merece que Rolando haya nacido en él, así como otras genialidades, entre las cuales también estaba Jorge Teiller. Chile es un país de ingratitudes generadas por métodos y formas de gobernar; es un país que no les pertenece a los que nacen en él, sino a los que lo están ocupando desde varios siglos, personajes de doble personalidad, doble religión, y a la sombra, con maquiavélicas intenciones.

Tengo ante mis ojos *La Pata de Liebre*, revista de poesía que publicara Aristóteles España, quien fue muy amigo de Rolando y sé que aún lo llora en silencio. En ese número la biografía de Rolando insiste en que su lugar de origen dio lugar a las semblanzas poéticas que lo caracterizan. Rolando nació en 1933, y recién en 1954, a los 22 años, llega a Santiago. Es decir vivió en el lar materno, sur de sures, Magallanes, toda su juventud, alcanzó de cierto a ser señor de sus lejanas heredades, galopó por extensas llanuras y creyó que su pueblo era el centro de la tierra. Temprano fue abuelo de todos los manantiales magallánicos y en Santiago quedó inmerso, sepultado y enfermó de distancias entre nieblas vespertinas. Esos tres duendes verdes que vivían con él, en el bolsillo de arriba de su chaqueta, sobre el corazón, donde se usaba el pañuelo galante, lo aniquilaban al despertarse por las mañanas «aún rociado pero no mojado». Eran en definitiva tres imbunches, de esos chilotes mitológicos que lo acompañaban sin darle descanso. Pero él terminó sin embargo, queriéndolos como a honrados y dignos trabajadores y con ellos conservó el misterio de antiguas religiones de su tierra natal, como una altiva ternura en su noble frente.

¿Y los bares? Los bares fueron para Rolando la imagen de su soledad, principalmente el Refugio López Velarde. En ellos no tenía norte, ni este ni oeste, tan sólo un sur sediento y lastimado. En ellos compartía las mismas inquietudes con hombres que le fueron indiferentes y que quedaron como él encerrados entre sus paredes. Allí en esos bares, sus hogares, aceptó el origen de su ética y la idea de la existencia de lo vital, y exigió responder a los problemas de la vida. No sé si Rolando lloró sobre una mesa de bar, como el compadrito angustiado del tango de Discépolo, pero cuando tuvo conciencia que había dejado su hogar, sus

padres, su infancia y su heredad, comprendió que todo estaba hecho de materia solitaria, tanto la esperanza, el amor, como el pan. Y se llenó de inquietudes, de música, de palabras y de libros que le respondían en clave y muchas palabras de amor sé que nunca le fueron respondidas ni por las mujeres ni por los libros. Ahí en esos bares entendió el idioma de los suicidas y que en él se enredan los hilos del lenguaje y creyó encerrar dentro de un vaso su soledad en discusiones, vanas y antiguas, sobre la vida y la muerte. El inventó su propio bar y lo llenó de amigos poetas que compartían sus mismas inquietudes. Ahí Rolando, inventó sus sueños juveniles, se ató al tobillo izquierdo una sombra perpetua, le cantó unas tonadas a las mujeres que amó, las mezcló a todas y las metió en las páginas de sus libros usándolos como archivo fotográfico.

Sé que ahora le gustaría saber, como al milonguero de Borges, que anda su historia por calles de Madrid, (por ahí lo encontró un día Sergio Macías, junto a Joel Sánchez) en el ideario de Waldo Rojas por las aulas de la Sorbona en París; en la letra de uno de mis tangos que siempre canto en Berlín; que en Estocolmo es llorado y lo echan de menos, en estantes, junto a sus duendes verdes, de muchas bibliotecas del mundo entero. En varios idiomas andas «Chico querido». Como un ser inolvidable, más presente que nunca, porque ahora hasta soñamos contigo y transcurres como si no hubiera pasado, por lo menos, aquello definitivo. ¿No es ésta la verdadera inmortalidad? Yo aún me siento orgulloso que Poli Délano, se declarara mi amigo sólo cuando me oyó cantar tu poema «Desde ahora que te amo», donde dices «traías en tu pelo el color de la lluvia y en tus manos al aire el adiós de los trenes». Ya ves Rolando querido, que todos estamos preocupándonos otra vez de ti. Y aquí me tienes, viejo y peludo imbunche, cantándote un tango de Gardel. ¡Vamos! ¡Vamos a dónde quieras! ¿Al Full Bar? ¿A la Unión Chica? ¿A Bilbao o la Estación Central? A Ñuñoa, donde está tocando el piano Víctor Guzmán. No vuelvas la vista atrás. Sabes bien que nosotros pronto seguiremos tu mismo camino. Mientras, seguimos siendo los mismo o lo intentamos. Y por favor, Rolando, cántanos otra vez «Corazón de escaracha».

Berlín, 14 de septiembre de 1994

EI HOMBRE DE LA SOLEDAD, DE LAS GRANDES EXTENSIONES

Jorge Teillier

Conocí a Rolando Cárdenas en la Biblioteca Nacional. Me llamó la atención una vez que andaba con un libro de Braulio Arenas, que siempre publicaba libros de gran formato. Cárdenas se sentaba y empezaba a llenar unos cuadernos, copiando los libros que pedía. Ya no pudo más mi curiosidad y le pregunté qué hacía. Yo soy Rolando Cárdenas, soy un estudiante pobre, no tengo recursos para comprar los libros y me gusta mucho la poesía. Entonces vengo aquí a la biblioteca y hago mi antología personal de la poesía chilena. Yo le puedo regalar ese libro y además le puedo presentar al autor, le dije. No, me respondió, no es necesario, me gusta copiarlos, así aprendo. Entonces me preguntó y usted, ¿quién es? Fulano de tal. Ah, me dijo, usted ha publicado un libro. Aquí tengo algunos poemas suyos que me gustaron y ahí tenía unos poemas míos. Inmediatamente nos dio una sed espantosa y fuimos a celebrar el encuentro. Después concursó con un conjunto de poemas, que resultó ser su primer libro: *Tránsito breve*. Ganó el primer premio y desde ese momento Rolando se incorporó a la vida literaria.

Rolando era un poeta de mucho talento. Uno de los pocos poetas chilenos que no tiene poemas malos, cosa que es bien notable y mantuvo siempre una línea muy pareja. Era muy consciente de su oficio, escribía mucho. Además, tenía su mundo mental de Magallanes, pero de un Magallanes metafísico. No era totalmente anecdótico. Era el hombre de la soledad, de las grandes extensiones. Solamente escribió un pequeño libro anecdótico, que se llama *Personajes de mi ciudad*, donde pinta tipos populares que están desapareciendo, que también es una reminiscencia de provincia.

Rolando Cárdenas tenía una dignidad poética. Podía ser amigo de gente que escribía mal y todo; sin embargo, eran muy pocos a los que apreciaba realmente. Tenía mucha autoestima. De su conducta, bueno, no todos podemos llegar a algo congruente con lo que queremos que se diga de nosotros, pero él, en el fondo, no aceptaba a los malos poetas. Curiosamente Teófilo Cid fue muy amigo de Cárdenas. Cárdenas fue el último fue a ver a Teófilo al hospital. Y Teófilo le pedía que se escondiera debajo del catre para no quedarse solo. Lo estimaba mucho. Estimaba la poesía de Cárdenas. En verdad, es una poesía que va a quedar en Chile.

No es una poesía meramente geográfica. En realidad, él no salió nunca de su ámbito geográfico que era Magallanes. Se consideraba ona, lo que era una exageración. Los onas medían un metro ochenta.

Cárdenas nunca fue vulgar. En poesía no admitía el feísmo, ni todas esas cosas. Aunque mi memoria es febril y antojadiza, Saint John Perse estuvo en la Patagonia, y la Patagonia sigue siendo chilena. Ahí está el poema «Vientos» de Saint John Perse que tiene mucho que ver con la poesía de Cárdenas. Rolando ganó una mención en un concurso organizado por el Goethe Institut. Se trataba de poetas chilenos que parafrasearan a poetas alemanes. Arteche escogió a Rilke. Cárdenas prefirió a Trakl, que yo pensé no tenía nada que ver con él. Nunca habíamos hablado de él, pero eligió muy bien. Cuando hablábamos de poesía, hablábamos de poetas chilenos. Admiraba poetas chilenos que nadie conoce. Carlos Acuña, un poeta criollista del Maule. A quien más admiraba de nuestros coetáneos era a Efraín Barquero. Cárdenas era de la escuela chilena nerudiana, que decía que no hablaba jamás de poesía, aunque se lo pasaba hablando de poesía todo el día. O sea, que él no tenía ni técnica ni teoría. Lo cual era una mentira total. Lo que es importante es que a Cárdenas, al igual que mí, no le gustaban los poetas que teorizan para hacer poesía. Creer que tomar una teoría es saber poesía, es como si tomaras un curso de boxeo y creyeras que vas a ser un buen boxeador. Te pega un combo el primer rústico que va pasando por la calle. No sacas nada.

Recuerdo que cuando Alone preparaba su libro las *Cien mejores poesías chilenas* me escribió para que autorizara publicar algunos de mis poemas y además, me preguntaba a quién yo agregaría. Le contesté que pondría un poema de De Rokha, por mucho que tuviera problemas con él. Lo extraño fue que lo puso. También incluyó uno de Rolando Cárdenas.

El abandono del escritor en Chile es una realidad que no tiene mayor solución. En lo de Rolando yo veo un abandono total. El, por su incapacidad laboral, no por flojera, sino porque no iba a tener acceso a ningún trabajo. Sus libros no le iban a dar mayores ingresos, no tenía el temple de De Rokha para vender sus libros de puerta en puerta. Ya había sido derrotado. Entonces pienso que igualmente lo hubiésemos dejado morir. Somos todos un poquito culpable.

MURIÓ CÁRDENAS

Jorge Teillier

El poeta Lorenzo Peirano llega desde Coinco
a la calle Esperanza, luego, respirando
callejones, pasa por Libertad y me envía a La
Ligua un telegrama: «Murió Cárdenas».
Nos vimos por última vez un 18 de Septiembre
en el Inés de Suárez, la ciudad estaba
embanderada en honor de nuestro encuentro.
Ahora sólo puedo esperar que nos encontremos
junto a Samuel Donoso para leer a Saint-John Perse
y cantar: «Oh que dulce es el misterio de
la vida». Espérame Rolando. Has dado la señal.

1990

EN EL LENTO VUELO DE LA AVUTARDA

Alvaro Ruiz

En el lento vuelo de la avutarda Rolando Cárdenas murió
Todas estas plumas las robé
Nada de manantiales; sólo aguas estancadas
De canoa a canoa una señal de estrellas en el corazón
Delgada la voz como un hilo
Que cruza y cierra los ojos
El horizonte es un madero
Los vasos están trizados y el viento sopla sobre los rostros
Volveremos a los pastizales
Una ráfaga atraviesa el cielo
Como en el espejo las golondrinas
Ya nadie cantará «Corazón de Escarcha»
Sus amigos también murieron y sólo queda el aire
Meridional.

CÁRDENAS

Ramón Díaz Eterovic

Algunas tardes vuelvo a la cantina
donde él embriagaba su sonrisa provinciana.
Sus poemas saltan a mi memoria,
como huidizos y lejanos copos de nieve.
Recuerdo las calles
que recorrimos
mientras el viento
-aquel del austro y en el corazón-
nos decía
que éramos tan frágiles
como rayos del sol
en un amanecer magallánico.

Algunas tardes
su nombre asoma en el vino que bebo.
Y es como una llama
que ilumina el camino,
ahora que estoy solo
y los amigos se han ido
sin anunciar el regreso.

CÁRDENAS

Carlos Olivárez

Para quien se acercaba por primera vez a Rolando Cárdenas, el hecho podía ser percibido como un equivocado acto de distancia. Se tenía derecho a pensar que uno llegaría a ser su amigo, pero no su gran amigo. Se intercambiarían anécdotas y opiniones literarias sin jamás estar seguro que nos habría entregado algo que realmente le importara. Con esto, nadie puede decir que su naturaleza estuviera compuesta de egoísmo sino de entera certeza. Su fortaleza radicaba en no permanecer demasiado tiempo al descubierto. Sabía bien que la economía de palabras es algo que necesita ser cultivado y tenía demasiadas preguntas imposibles de ser contestadas debido a su complejidad y por supuesto estaba absorto en ellas. Es posible que la vida fuera para él un cajón de sastre donde sobraban demasiadas cosas. Uno podía escucharlo cantar su clásico «Corazón de Escarcha» mientras sostenía un vaso a medio llenar como si de él dependiera su existencia, cosa que de muchos modos era verdad, pero no se podría estar seguro jamás de si acaso en esos momentos en que los hombres suelen intercambiar debilidades, dudas y secretos, Cárdenas estaría dispuesto a participar. ¿Qué había en él que lo convertía en alguien que gente de diversas procedencias apreciaba? Muchas cosas. Primero, su solidez. Cárdenas, Rolando Cárdenas quizás sea el tipo más sólido que he conocido. Nunca escuché de él una flaqueza. Nunca supe que algo lo tuviera a maltraer. No era necesario ser superdotado para imaginar que su vida no era fácil, como no lo era para ninguna persona que tuviera algo de sensibilidad en este país durante los años de la lluvia ácida que nos cayó sobre la cabeza. Naturalmente se sentía muy incómodo con lo que estaba pasando, y sin embargo sus juicios tenían más que ver con cierta plenitud y respeto personal que con las anchas alamedas. Las cosas menudas, como la existencia cotidiana, quedaban fuera de su radio de acción. Quizás por ello ahora puedo entender que Cárdenas estaba ocupado en asuntos verdaderamente importantes para los cuales había muy pocos interlocutores. Entonces, casi resulta natural que los que lo conocían poco lo midieran por su tamaño. En términos deportivos era un minimosca al que le gustaba pelear hacia

arriba y lo que lo mantenía en pie era su exclusiva y estrecha relación con los problemas que involucra el ser poeta en medio de un conglomerado humano que rechaza la poesía por inútil. Un dilema que volvía a dar otro doblez de incerteza a sus días. Rolando Cárdenas apostó a una poesía multiplicada de pequeños guijarros traídos de la luna. Con ellos había construido una habitación antiatómica de la que entraba y salía sin ayuda de nadie. Por ello su relación con los tragos y los libros jamás estaba exenta de sorpresas. Supo bien cómo disimular sus urgencias. De pronto, desde algún rincón del alma, solía aparecer una que otra frase para recordar, un verso, un libro leído, una conversación, un trozo del pasado. Algo. Sin embargo desde su reservada personalidad, evidentemente fuera de todo bullicio, Cárdenas de cualquier manera se las arreglaba para hacer sentir que no quería molestar, y que tampoco iba a permitir que lo importunaran. Callaba para oír. En eso jamás perdió la dignidad.

Lo conocí de un modo incierto. Tal vez en la SECH. Tal vez en algún bar a altas horas de la madrugada. En verdad no lo recuerdo. Lo que sí recuerdo es una tarde de calor de enero de 1974 cuando lo llamé a su oficina en la Corvi donde trabajaba. Cárdenas estaba trabajando después que el cometa Shumaker Levi chocara contra La Moneda. No sé quien me contó que había estado detenido en el Estadio Chile y que de allí salió después de un par de días. Y seguía trabajando. Recuerdo esa llamada y he olvidado todo lo demás. Después nos seguimos viendo, durante muchos años casi diariamente y en horario continuado, en el Bar Unión donde existía esa ya mítica mesa de poetas y escritores que se atrincheraron para resguardar los sobrantes de afectividad que pudieran salvarse en medio del naufragio generalizado.

Allí, su participación era de estrictos monosílabos (salvo cuando estaba discutiendo). Nunca hablaba mucho. No era el motor que impulsaba esa máquina del tiempo sino alguien del que no se podía prescindir. La mesa estaba demasiado incompleta sin Cárdenas. Muchas veces, especialmente algunos sábados por la mañana, estuvimos los dos solos y no tengo la sensación de que hayamos necesitado a nadie. Compartir una mesa con Cárdenas no consistía en sostener lo que se llama una conversación sino sólo en intercambiar unas cuantas frases. Se estaba bien con Cárdenas en silencio. Poseía ese don. Escaso don. Bajo su aparente debilidad se escondía una fuerza hecha del apasionado dogmatismo que

suelen tener algunos hombres acostumbrados a ser, por su propia cuenta, dueños de su vida. Poseía el ensimismamiento que podría tener un santo. No temía a nada. Desde su oficio literario parecía haber visto la escena, saber dónde se encontraba y sentirse cómodo con lo que había descubierto. Era dueño de reservas estéticas capaces de doblegar una viga y a eso echaría mano cuando fuera necesario. ¿Quién estaba en condiciones de afirmar que lo movía la prisa? Quizás no llegaría a ser un héroe, pero sí una leyenda. Era capaz de detectar el leve aleteo del rechazo en alguien, con la ventaja que todavía le quedaba esa implacable respuesta de no importarle y mandar de vuelta la misma moneda. Era absolutamente selectivo. Sentía cierto desdén por la poesía siútica o no completamente asentada. Le molestaban los advenedizos literarios y lo hacía saber de un modo nítido. No es frecuente encontrar a alguien armado de tantos recursos síquicos, estéticos y anímicos, al mismo tiempo tan carente de recursos físicos. Rolando Cárdenas tal vez haya sido el hombre más empecinado de Chile porque sospechaba tener una misión y un tiempo para realizarla. Eso no lo podemos saber y quizás sea mejor no averiguarlo.

Cárdenas perteneció a una generación de aristócratas del silencio y de la palabra escueta, resueltamente rasurada en versos que contienen mucho más de lo que parece: era más grande por dentro que por fuera, había logrado robar el fuego y llegar a la isla donde está el tesoro. ¿Alguien más puede decir lo mismo?

EL POETA SE CONSTRUYE EN EL SILENCIO

Diego Muñoz Valenzuela

Rolando Cárdenas -el Chico Cárdenas para quienes fuimos sus amigos- es un poeta tan extraordinario como desconocido en nuestro medio proclive a los encantamientos de fuerzas extra literarias, las más de las veces decisivas a la hora de reconocer el talento. Fue un ser extraordinario, de esos que hacen tanta falta hoy, cuando las candilejas del mercado y el monstruo del marketing se enseñorean del país. Sobre todo fue un poeta de verdad, hasta las últimas consecuencias, y mantuvo siempre una dignidad que contrastaba con la escasez de sus medios materiales. Tal vez esa sea la clave de su poesía honda, que busca el misterio anidado en la cotidianeidad y penetra -quizá como ninguna otra- en la soledad y los enigmas del sur.

Tiene los ojos oblicuos y rasgados, los mismos ojos con que sus antepasados deben haber observado a los colonizadores, con una extraña mezcla de horror, resignación y también lástima. Su rostro es árido, enteco, hierático, y parece existir al margen del tiempo. Su cabello muy negro se adhiere con extrema perfección al cráneo, acariciándolo y envolviéndolo amorosamente, con delicadez y prolijidad.

La dignidad de sus facciones revela una aristocracia más antigua que cualquier otra que podamos conocer, pues proviene de una cultura extinguida y maravillosa. Es un cacique viendo el mundo desde sus ojos entornados por el viento magallánico, un cacique tan sabio que todo lo pone en duda, hasta su propio conocimiento.

Es pequeño, pero su voz es poderosa, porque fue hecha para que pudieran escucharlo los dioses. Tiene la parsimonia de un príncipe y parece que de un momento a otro su brazo se moverá en un ademán que determine la vida o la muerte de un súbdito. Aparenta debilidad, aunque es poderoso, pues aprendió a resistir los vendavales, las nevazones interminables, los furiosos temporales del sur.

Tenía cierta fama entre las mujeres. Era galante, y posiblemente audaz con ellas, aunque poco dejaba ver sus argucias en acción. Ante las bromas de los amigos sonríe y mueve la cabeza entre resignado y divertido. Se susurra que tiene los poderes -y las habilidades físicas- de un

trauco; y esa murmuración, que por sí sola bastaría para hacerlo célebre, se une a su hálito imperial y sus modales de mandarín, convirtiéndolo ante muchas damas en un polo de atracción irresistible.

Con los hombres operaba otra seducción: la de su sencillez auténtica (no hablo de rusticidad), la de su prístina y desinteresada camaradería, la de la palabra exacta y sabia en el momento preciso, y -por qué no decirlo- aquella nacida en la fraternidad de los santos bebedores, como la habría denominado el gran Joseph Roth, especie de hermano distante de nuestro Rolando Cárdenas.

Era fácil encontrarlo en La Unión Chica, mítico bar-restorán llamado así por su proximidad al Club de la Unión, que oficia hasta hoy como un centro de gravedad de artistas e intelectuales. Allí se reunía entre otros con amigos como Jorge Teillier, el inolvidable Eduardo Molina, Carlos Olivárez, Ramón Díaz Eterovic, Alvaro Ruiz, Roberto Araya, Germán Arestizábal.

Otra de las caletas donde recalaba entre tempestad y tempestad, era la taberna de la Sociedad de Escritores, donde más de una vez lo oímos cantar, de pie, con cierta solemnidad, como si leyera ante la Cámara de los Lores un trascendental discurso destinado a cambiar el curso de la humanidad. Y mientras él cantaba, los parlamentarios escanciaban, brindaban y bebían entre risas y humo de tabaco, en una suerte de viva escena de Toulouse Lautrec.

La poesía de Cárdenas puede clasificarse dentro de la vertiente lírica, cuyo mayor exponente es Jorge Teillier. Sin embargo, el autor posee ciertas particularidades dignas de un estudio acucioso, pues ésta configuran a una personalidad única en el rico panorama lírico nacional. A los elementos característicos de la poesía lírica: sencillez y lenguaje cotidiano (sencillez que en verdad corresponde al resultado de una profunda visión del mundo y de un sólido dominio del lenguaje), referencias a la provincia originaria, tono nostálgico, universalismo traducido en referencias literarias e históricas, debemos agregar otros que constituyen singularidades de la obra de Rolando Cárdenas.

Estamos frente a un poeta de notable talento que prácticamente es desconocido inclusive en el reducido mundo de los escritores. ¿Por qué llega a ocurrir esta clase de fenómenos? Quizás porque Cárdenas era un hombre quitado de bulla, modesto, exento de orgullo individualista (no

confundir con falta de dignidad), poco dado a los hábitos de vida social en los medios que administran poder, amigo de sus amigos, a quienes eligió entre sus almas hermanas, más por su humanidad que por su éxito, más por sus ganas de desperdiciar el tiempo que por las de convertirlo en oro, más por la imposibilidad de sus sueños que por su pragmatismo.

Por cierto que Rolando Cárdenas no es la única expresión de esta tendencia a destacar a los escritores por su impacto medido en términos de ejemplares vendidos, cobertura en los medios de comunicación, y aptitud para la autopromoción. Hay muchos otros escritores que, pese a sus macizas contribuciones a la literatura nacional, no tuvieron un reconocimiento proporcional, a la altura de su aporte. La poesía de Cárdenas tiene un brillo propio, inextinguible, original y -más allá de los honores pasajeros- ha ganado un lugar sólido y permanente en la creación chilena. En él se hace carne eso de que el poeta se construye en el silencio, lejos del bullicio distractor, de las tentaciones de la vida social figurativa, de las ansias de imponerse sobre la base de la imposición y la negación de los demás. Rolando Cárdenas no sólo escribió buena poesía, lo cual bastaría para recordarlo ahora y otorgarle el lugar que le corresponde, sino también fue un poeta en cada minuto de su vida, un hombre intachable, un ser humano en toda la línea, un hermano para quienes fuimos sus amigos hasta la hora última. Por eso no sólo lo recordamos, lo extrañamos, nos duele su ausencia, nos hace tanta falta que ilumine el mundo con su risa parca y sus versos profundos.

ROLANDO CÁRDENAS NIÑO, JOVEN Y POETA

Marino Muñoz Lagos

1

En 1933, Punta Arenas era una ciudad cosmopolita, por cuyas calles se voceaban periódicos escritos en diversos idiomas. Los inviernos eran duros y la nieve alcanzaba hasta las ventanas de las viviendas de madera. Estas tenían una arquitectura singular, que coronaban unos techos pintados de rojo. Se usaba así porque los barcos que venían de Inglaterra traían una famosa pintura de marca «Elephant», que le daban esa característica, que ahora se ha perdido.

Hacia poco tiempo que Magallanes había perdido su calidad de Territorio, como se le denominaba en la división geográfica y administrativa del país. Ahora estaba convertida en provincia y luego de largas luchas y manifestaciones, se efectuaban elecciones municipales. Recordemos que la provincia contaba con tres departamentos: Magallanes, Ultima Esperanza y Tierra del Fuego. En las elecciones municipales de 1933 ganaron lejos los militantes del Partido Regionalista, con un 57% de votación, seguido por el Partido Radical con un 27% y el Partido Socialista con un 13%.

Por esta misma época, el poeta regional José Grimaldi publicaba en la Imprenta Esfuerzo su libro *Humo azul*, prologado por su amigo de correrías teatrales, Pedro Sienna. El libro era muy bien recibido por los círculos literarios de la ciudad, que consideraban a Grimaldi como su máxima expresión poética. Entre las noticias más destacadas estaba aquella que registraba a Magallanes como la provincia con el más alto índice de enfermos de tuberculosis, sobrepasando con generosidad al resto de las provincias chilenas. Igualmente, el diario *El Mercurio* manifestaba que la zona se estaba deschilenizando y que los magallánicos no sentían afecto por su país. Entre las críticas más serias figuraba aquella que los acusaba de federalistas. En Punta Arenas funcionaban entonces 32 asociaciones gremiales, 15 culturales, 11 mutuales y 11 partidos políticos. La gente protestaba porque cada día se quitaban las ventajas que ofrecía el Puerto Libre. De todos modos, la gente vivía con cierta holgura, y a pesar del clima, amaba a su ciudad.

2

Por esos años, el 23 de marzo de 1933, nació en Punta Arenas el poeta Rolando Cárdenas, quien más tarde iría a descollar entre los nombres señeros de la nueva poesía nacional. Era hijo de dos emigrantes chilotes, llamados Tomás Cárdenas y Natividad Vera, que lo acompañaron muy poco en su vida, ya que murieron cuando el futuro poeta era apenas un niño. Fueron tres los hermanos: Rolando, Alfonso y Clorinda, en ese orden. De los tres sólo queda Clorinda Cárdenas Vera, quien vive en la calle Padre Savarino 0942 de Punta Arenas, junto a su marido Enrique Ojeda Machado, un entusiasta admirador de su cuñado poeta.

La familia vivía en la calle Prat, entre Boliviana y avenida Independencia, en el barrio militar de Punta Arenas, pues en sus vecindades se encuentra el Regimiento Pudeto. Después se cambiaron a una casa situada en las calles Fagnano y Zenteno, donde hoy funciona una carnicería. Desde aquí el niño poeta caminaba unas cuantas cuadras para llegar a la Escuela Fiscal N° 9, donde aprendió las primeras letras y bocetó sus palotes iniciales. De esta primera experiencia en la educación primaria, Rolando Cárdenas pasó a la Escuela Fiscal N° 15 del Barrio Prat, en cuyas aulas se encontró con algunos maestros como Crescencio Soto, Emeterio Salinas o Sixto Ulloa, quienes con almas de poetas y soñadores adivinaron en el niño sus sencillas ilusiones. En esta escuela recitaba en los actos escolares y se las ingeniaba para conseguir libros que aumentaran su pasión por la lectura.

Por ese tiempo empezó a perfilarse el poeta. Era tal su fervor por los libros que en casa se escondía en el ropero para que lo dejaran leer tranquilo. Al mismo tiempo, tocaba la guitarra, la cual no abandonó hasta los días de su muerte. Criado por los abuelos Lorenzo y Candelaria, era el regalón de la familia, que veía en el muchacho la consolidación del árbol familiar.

Más tarde, se trasladaron a la calle Armando Sanhueza N° 167, fecha en que el niño se incorporó a la Escuela Industrial Armando Quezada Acharán. Mientras tanto, para entonar las arcas de sus bolsillos un tanto desprovistos de monedas, vendió los diarios locales y del norte. Además, fue junior de la Casa Blanco y Negro, ubicada en calle Bories esquina de avenida Colón, donde hoy se levanta un lujoso hotel para turistas de todas las lenguas. En ambas ocupaciones, el muchacho fue responsable

y honesto, lo que le sirvió considerablemente en los pasos que iba a seguir después de estas aventuras, las que le ayudarían como peldaño inicial de su vida futura.

3

Tenía veinte años cuando ingresó a la Empresa Nacional del Petróleo como ayudante de sección. Fue un tiempo duro para el joven Rolando Cárdenas, quien se disponía a trabajar con el sólo propósito de ahorrar dinero para continuar sus estudios. Egresado ya de la Escuela Industrial Armando Quezada Acharán de Punta Arenas, viajaba ahora a la Tierra del Fuego para incorporarse a las labores de extracción de petróleo.

Fueron dos años donde el trabajo se unió a la soledad de los últimos tramos del planeta: allí aprendió a admirar la estupenda belleza de los amaneceres y atardeceres rojos de la Tierra del Fuego, junto con manejar las herramientas que le proporcionaba el cotidiano laborar con sus camaradas. Ya fuese en Cerro Sombrero o en los campamentos que levantaban a su paso en la Empresa Salinas y Fabres, el joven poeta labraba su porvenir.

Pero no tan sólo era el trabajo diario el que lo obsesionaba. En su equipaje de trabajador del petróleo no faltaban los libros. Y después de las duras faenas que le deparaba su oficio, el hombre se daba maña y tiempo para entrar en la lectura, apoderarse de sus libros y soñar con la escritura. Y si había tiempo para rasguear la guitarra, nada mejor que hacer una rueda de amigos para escuchar la música y la letra de las canciones populares.

En sus frecuentes viajes a Punta Arenas, Rolando Cárdenas compartía con su familia los días de descanso. Por esos años, el poeta no bebía, por lo cual sus ratos de esparcimiento eran sanos y entretenidos.

En 1955, terminado su trabajo en la Empresa Nacional del Petróleo, viajó a Santiago para ingresar a la Universidad Técnica del Estado. Aquí comenzó a escribir sus primeros versos y a relacionarse con escritores que comenzó a conocer en su inquietud literaria. Atrás quedaban Punta Arenas, su familia y el entorno natural de sus casas, sus calles y sus cielos donde las nubes forman extrañas alegorías del ensueño. Entre los pliegues sentimentales de sus días, los nombres de Gladys Oyarzún y

Sonia Vargas, las muchachas que alegraron su tiempo en la provincia. A ellas quizás se escribieron los primeros poemas ocultos, aquellos que se guardan en remotos cajones de ternura y melancolía. El comienzo de una sabia poesía que sólo acabaría con su muerte.

En la Universidad Técnica del Estado, Rolando Cárdenas se tituló de topógrafo y de constructor civil, colmando así sus anhelos y los anhelos de su familia eminentemente sencilla y modesta. Una gran alegría embargó a los Cárdenas, los Vera y los múltiples parientes que veían en su paisano la coronación de muchas esperanzas tejidas entre el viento aullador, las nubes agoreras y la lenta nieve que alimenta los recios inviernos de la tierra magallánica.

4

Sobre mi mesa de trabajo están los libros de Rolando Cárdenas: tienen el claro resplandor de la provincia, de su suelo, de sus patios mojados por la lluvia de la media tarde. Allí está el paisaje de sus tiernos contornos, su ciudad cubierta por los nevazones, el arcoiris que acompaña las escampadas.

Punta Arenas está presente en el verbo del poeta: le vemos pasando la mirada por las quintas de antaño, aquellas que cuidaban sus abuelos con paciencia evangélica. Están las melgas de papas y lechugas, las matas de frutillas que exponen sus frutos sonrosados. Y aunque no se mire muy lejos, el mar con su oleaje espumoso y el limpio balancear de sus embarcaciones. Tierra y mar en los versos de Cárdenas.

Quizás si trajo desde la Tierra del Fuego la fiereza de los coironales y la amplia llanura como una palma abierta a las soledades más absurdas. Lugar de tristeza demencial, donde el hombre recibe la respiración del planeta, la tierra ha dado aquí tiempo para escribir libros y tiempo para la locura. No hay sitio que se le iguale en su estatura: aislada por las aguas de los mares profundos y belicosos, ella guarda sus secretos. La Tierra del Fuego es algo más que huellas y escondrijos, mucho más que celo y lejanía.

Los libros de Rolando Cárdenas están ceñidos por esta toponimia, que se suma a la de las llanadas patagónicas, donde el viento es el amo y señor de las distancias. Aquí nacen versos como truenos, líneas cortadas por los oleajes, estrofas victoriosas de bosques y acantilados que el

hombre no logra dominar si no fuera por la palabra. Y este don de cierta gente, es el que anima a los poetas para enfrentar amores y tormentos, como si el mundo estuviese colmado de claridades y presagios.

5

Hoy es día de primavera y sin embargo está nevando sobre la ciudad. Punta Arenas tiene así sus caprichos: escribo observando este maravilloso proceso de la naturaleza austral y remonto mi memoria a muchos años en que en otra primavera más generosa, Rolando Cárdenas visitara este rincón meridional. Yo trabajaba en la Escuela Superior de Hombres N° 1, ubicada en pleno centro de Punta Arenas. Por las tardes, luego de mis labores escolares, el poeta me esperaba en los alrededores. Era un compromiso amable, el de juntarnos para ir al Bar Manantiales o a la Sociedad de Empleados, a bebernos unos vinos acogedores y muy propicios a la conversación y el cigarrillo.

Rolando Cárdenas ya había publicado sus dos primeros libros: *Tránsito breve* y *En el invierno de la provincia*, a mi juicio, su mejor expresión lírica. Con sus textos bajo el brazo nos dirigíamos a nuestros propósitos: a beber por los ausentes y las novias olvidadas. Así, casi en silencio, comulgábamos con los dioses al mismo tiempo que endilgábamos nuestras almas al demonio. Rolando Cárdenas publicó más tarde *Personejes de mi ciudad*, que son poemas en prosa editados por el dibujante Guillermo Deisler, y luego, *Poemas migratorios* y *Qué tras esos muros*. La muerte cortó su hermosa labor, cuando se esperaba mucho más de este paciente, alfarero de las letras.

Hemos escrito este trabajo con cierta contenida emoción. La última vez que vimos a Cárdenas fue en Santiago, en la década de los años ochenta. Fuimos invitados por el escritor Ramón Díaz Eterovic —también magallánico— a una cena en su casa de La Cisterna. Ahí estaba nuestro poeta de los inviernos provinciales, con su guitarra al hombro y el cigarrillo entre los dedos. Como tantas veces, junto a sus amigos, junto a la charla fraternal, junto al vino generoso. La noche caía entre los árboles, el cielo se hacía lejano y profundo: de improviso, el canto floreció entre los invitados y la guitarra hizo oír la dulzura de sus notas. Era la vida con sus tiernos resplandores.